

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción. En la Península: Un mes, 1.50 pts. Tres meses, 4.50 id. En el Extranjero: Tres meses, 10 id. Número suelto, 0.05 cts. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. No se devuelven los originales.

Condiciones. El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro. Corresponsales en París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre. La correspondencia al Administrador

Redacción y Administración, Mayor, 24

Lecturas populares.

LA CHICHA MASCADA

Algunos de mis parroquianos lectores, me han dicho: «Hombre: nos ha hablado usted en su último artículo de procedimientos instintivos ó primitivos de masticación é insalivación para fabricar bebidas alcohólicas, y, á la verdad, nos ha dejado usted en ayunas. ¿Qué es eso?... ¿Qué quiere decir eso?... ¿Cómo se hace eso?... ¿Por qué se hace eso?»

Calma, señores del margen; calma, que toda se andrà.

Con decir que quieren ustedes saber cómo se fabrica la Chicha, tienen bastante; no hay que abrumarlos á preguntas.

Estamos en el extremo Sur de la América meridional. Una distinguida familia de cualquiera de aquellos apartados contornos, vistiendo el traje de Corte que tanto dió que hacer á Eva y Adam, y que tanto nos ha dado que hablar de dichos señores á nosotros, se halla sentada en torno de una gran vasija hecha con una enorme calabaza, lo cual quiere decir que allí como en todas partes hay calabazas, teniendo cada individuo á mano un montón de malta de maíz (grano germinado) secada al sol.

Pañado vá y pañado viene, cada individuo masticaba aquella malta, por supuesto sin hablar, por aquello de que «oveja que bala, pierde bocados», y á medida que masticaba y por lo tanto insalivaba bien su ración la vá escupiendo en la cucurbitácea caldera. Trifurada molarmente toda la cantidad, se vierte sobre ella agua caliente, se trasiega á otras vasijas donde fermenta, y al poco tiempo está hecha la Chicha con la que se obsequia á los viajeros como un grande honor...

Mirada la cosa desde el punto de vista puramente práctico, resulta sencillamente asquerosa para un estómago más ó menos decente. Pero si se la considera desde un punto de mira teórico, esto es, científico, se vé que está sujeta al procedimiento á todas las de la ley, y que nada puede echársele en cara, porque las transformaciones químicas que aquella masa de malta y saliva experimenta, se hallan dentro de los métodos y procedimientos químicos más pulcros y rigurosos.

En efecto; merced al fermento de la saliva (ptialina, diastasa), el almidón del maíz, se transforma en dextrina, esta á su vez en glucosa (azúcar) la cual sufre la descomposición

correspondiente en alcohol y ácido carbónico, ni más ni menos que ocurre en la fermentación de cualquier mosto.

Ve ven Vds. como la cosa no tiene absolutamente nada de particular para que se me vengan con ese montón de preguntas que por lo menos revelan espíritus asustadizos

Pero lo más gracioso es que no es solo la Chicha la que se fabrica así, á fuerza de escupitinas, sino que hay otras muchas bebidas que se obtienen del mismo modo; como la Kava que preparan los habitantes de las islas de la Amistad, los samoanos, los de las islas Fiji, etc. con las raíces de cierta yamuela llamada así, Kava (palabra polinesia que significa amargo), para lo cual cortan en pedacitos dicha raíz, la mastican y la escupan sobre una hoja de banano, trasladándola después á una vasija de madera en la que se revuelve con agua y se la deja fermentar.

Algo parecido es el procedimiento para la fabricación de la Murva, bebida que obtienen los pastores de las vertientes meridionales del Himalaya, masticando y escupiendo el mijo, como los habitantes de las estepas rusas hacen con el centeno para la obtención del Quass con el que se emborrachaban lindamente.

Conque ya ven Vds. cómo á fuerza de echar saliva, se obtienen bebidas alcohólicas, así como á fuerza de tragar saliva vá uno derecho á la Gloria á reunirse con el señor de Job el inventor de las paciencias.

Y ahora que ya saben cómo se hace la chicha, aprendan por su cuenta cómo se hace la limoná...

AMILICO.

CUENTO DEL SÁBADO

El puñal malayo

(Traducción del francés)

—Según parece, tiene usted mucha prisa, señor Gambard. Siéntese usted, amigo mío.

—Van á dar las diez, señor Moutier.

—No importa. El mercado no termina hasta las doce. Tiene usted tiempo de llegar antes de que se concluya.

—Sí, señor; pero he citado allí á mi mujer ante un comercio de telas.

—Siento que se vaya usted sin ver á mi hijo.

—Sí, ya sé que ha regresado de París. ¿Ha terminado el doctorado?

—Sí, ya es doctor en Derecho. Su

madre está muy satisfecha, pero yo no. Ese muchacho se ha vuelto demasiado parisiense. Habla de un modo muy extraño acerca de la honradez, de la virtud, de la propiedad y de la justicia, y ayer durante la comida, si no hubiese sido mi hijo me habría levantado, dejándole con la palabra en la boca. Además, no sé si tiene algún enredillo en París, pues gasta el dinero que es un encanto. Yo le doy constantemente dinero, lo cual no es obstáculo para que luego le saque á su madre todo cuanto pueda. Se recoge siempre muy tarde y cuesta un triunfo hacerle levantar de la cama. No, señor; no estoy conforme con semejante conducta. Si quiere hacer carrera en el foro es preciso que cambie de manera de ser.

—Creía que deseaba usted hacerle ingresar en la magistratura.

—Me ha dicho que por ahora no piensa en eso.

—¿Ya sabe usted que el hijo de los Magnon ejercen aquí el cargo de Juez de Instrucción?

—Lo sé. Es compañero de mi hijo y ha sido recientemente nombrado. ¿Ese sí que es un hombre serio y formal!

—Sería capaz de condenar á su propio padre. Pero son las diez y cuarto y me voy inmediatamente. ¡Calla! ¡Tiene usted ahí una magnífica panoplia!

—No es mala. Pero la que tengo en mi antecámara es mucho mejor. Bajemos y la verá usted. Le enseñaré un puñal malayo que compré hace dos días á un marinero que pasó por aquí llevando consigo infinidad de cosas muy curiosas procedentes de lejanas tierras. Cuando el puñal está hundido en un cuerpo se aprieta un resorte y entonces la hoja se divide en varias partes. Al retirarse el arma se produce una terrible herida en forma de cruz. Bajemos y lo verá usted ¡Cuidado con la escalera, que es algo obscuro! La panoplia está junto á la ventana. ¿Qué es esto, Dios mío?

—¿Qué le pasa á usted?

—¡Ha desaparecido de su sitio mi puñal malayo! ¿Quién se lo habrá llevado? ¡Hay que averiguarlo inmediatamente!

—No puedo detenerme un momento más, amigo Moutier.

—¡Hasta luego amigo Gambard! ¡Justina! ¡Justina! ¿Eres tú, Clemencia?... ¿Dónde está Justina?

—Está en el jardín con la señora. Yo llego ahora de la compra.

—Pero ¿qué le pasa, Clemencia? ¿Estás como aterrada!

—No me falta motivo para ello. Ha ocurrido una espantosa desgracia. La señora del castillo, á quien usted conoce, fué asesinada ayer en su parque á eso de las nueve de la noche. Su jardinero oyó un grito, y cuando acudió en su auxilio la encontró muerta. No se sabe quién la mató; pero el autor debe ser un terrible bandido. Figúrese usted, señor, que tenía en el pecho dos heridas en forma de cruz. Pero ¿qué tiene usted, señor?

—Nada. La muerte de esta señora me ha emocionado. ¿Lo sabe ya mi mujer?

—No, señor.

—No la digas nada. Está delicada y no quiero que se conmueva de pronto con la noticia.

—Además, la señora está muy inquieta... No sé si hago bien en decirselo al señor... El señorito Luciano...

—¿Qué?

—No ha dormido en casa esta noche... Pero ¿qué le pasa á usted, señor?

—No sé. Me duele... el corazón desde ayer.

—Suba usted á su cuarto y acuéstese.

—Sí, sí.

—Le ayudaré á usted á subir la escalera.

—No, no, déjame.

—Pero ¡si no puede usted tenerse en pie! Siéntese usted al menos. ¿Está usted mejor?

—Sí, sí... Me voy á mi cuarto.

—Le acompañaré á usted.

—Bueno. Cuando el amo y la criada llegaron al piso superior, dijo Clemencia:

—Voy á avisar á la señora.

—No, no, déjala en paz.

A los pocos momentos dijo Clemencia:

—¡Ahí la tiene usted; señora, el señor se ha puesto malo.

—No, hija mía, no tengo nada. Anda, anda, vete á la cocina, Clemencia.

—Señora, ya le ha dicho al señor, que el señorito Luciano...

—Has hecho mal. ¡Vete á la cocina! Conque te ha dicho que Luciano...

—Sí, y es cosa que me ha molestado mucho.

—A mi también. Ese muchacho me tiene muy alarmada. Estaba yo hace un instante en la antesala, junto á la escalera, cuando de pronto le ví entrar con gran precaución. Vi que se acercaba á la panoplia y que colgaba un arma en un clavo... Pero ¿qué tienes, Edmundo? Estás blanco como la cera.

—¡Me vuelve el dolor al corazón! Prefiero que me dejes solo.

—No faltaba más!

—Si no es nada. Te suplico que me dejes solo.

—Pero, hombre. ¿Otra vez aquí, Clemencia? ¿Qué ocurre?

—Ahí está un caballero que desea hablar con el señor.

—Dile que el señor está enfermo.

—Es el juez M. Megnin. Voy á ver lo que quiere.

—No, no, dile que suba, Clemencia. Y tú, esposa mía, déjanos solos. Tal vez tendrá que hablarme en secreto y no quiera espontanearse delante de tí.

—Me das miedo, Edmundo. Pase usted, señor Megnin. Le dejo á usted con mi marido. Hasta luego.

—¿Ha visto usted á su hijo? preguntó el juez de instrucción á M. Moutier.

—Todavía no.

—¿Tiene usted noticia del asesinato de madame Joyle?

—Sí señor.

—¿Toda la población está enterada del suceso. ¿Su hijo de usted ¿no le ha dicho nada?

—No.

—Me ha prestado un gran servicio en este asunto. Comimos ayer juntos y estábamos en el teatro cuando fueron á buscarme... Pero ¿por qué me mira usted de ese modo?

—Dispénsame usted. Estoy aturdido y no sé si le he oído á usted bien. ¿Es cierto que pasó usted la velada de ayer con mi hijo?

—Sí, señor. Cuando fueron á buscarme, me acompañó al castillo. Al ver la herida exclamó: «¡Esa herida ha sido hecha con un puñal malayo! Mi padre tiene uno igual en su panoplia». Acto continuo vino á buscar esa arma con todo género de precauciones. No quería despertarle á usted. Y, además, tenía que se emocionará usted con el relato de lo que acababa de ocurrir. Después me dió las señas del marinero que le había vendido á usted el puñal y que, sin duda, debía

tener en su poder otro por el estilo. El marinero fué detenido inmediatamente cerca de aquel y ha confesado su crimen. Pero me es indispensable su declaración de usted. Ahí tiene usted á su hijo. Tu padre está al corriente de todo. Según me han dicho, está algo delicado.

—No, hijo mío; no es nada.

—Pero ¿por qué lloras, papá?

—No sé; estoy nervioso y deseo desahogarme.

—¿Qué te pasa?

—¡Nada, hijo mío! ¡Déjame que te abrace y te lleve la cara de besos!

Tristán Bernard.

Conferencia del Dr. Maestre

Obrando con muy buen acierto la Junta directiva del Centro del Ejército y la Armada, acordó que la conferencia del doctor Maestre —que había despertado viva expectación— se verificara en el Teatro Principal, lugar más apropiado por lo espacioso, que los salones del Círculo Militar.

Y en efecto, minutos antes de la hora fijada, los palcos, butacas, anfiteatros y paraíso se veían totalmente ocupados por selecto público que impaciente aguardaba la palabra elocuente del conferenciante.

A las diez en punto, la junta directiva del Centro del Ejército y la Armada se presenta en el escenario acompañado al doctor Maestre (tomando asiento en el mismo á más de los expresados señores, el comandante general del Apostadero, Gobernador Militar, Alcalde, generales Pérez Bailesteros y Bullón, coronel Cortils y subinspector segundo de Sanidad de la Armada señor Navarro Ortiz.

La presencia del conferenciante es acogida con una nutridísima salva de aplausos.

A la derecha del escenario se ha colocado una gran pizarra y sobre ella varios mapas superpuestos de gran tamaño, para facilitar la tarea del conferenciante y que sean sus citas geográficas más comprensibles al público.

Comienza el señor Maestre su luminosa disertación dirigiendo un saludo á la concurrencia y afirmando que viene amparado por su benevolencia y accediendo á la invitación de la Junta del Círculo.

—Un ilustre escritor—dice—me ha llamado Apóstol de la Guerra, y otro conquistador espiritual de Marruecos salvando la cariñosa hipébole, yo

de humilde y sincero modo

Que si no ve inconveniente, contrariedades ó daños, enmudezca usted unos años... y deje morir la gente.

Pues si á todo el mundo sana con sus raras invenciones, y cesan las defunciones ¿dónde albergarnos mañana?

Decidase: cierre el pico, y muérase el que se muera; mas triste que morir, fuera que el mundo quedara chico.

Mas si sigue en la manía de cantar sus alabanzas, faro de sus esperanzas, cántesele á su tía.

Y si tanto le desvela hacer su fama notoria, no tema, porque su historia la publicará su abuela.

Duerma con dulce galvânia en su oficina alopatíca, y deje en paz la gramática de la lengua castellana.

Que yo apuesto seis mil reis á que el mundo ya ha aprendido que el sabio Doctor Garrido vive en Madrid, Luna seis.

Andrés Hernández.
† 1890.

1879.

Constantemente luchando Con el frío, Y no regresa á su hogar Hasta que el sol va apuntando, Padre mío!

«Adios, la Virgen bendita Vele por tí cuidadosa, Guie tus remos Y que no tardes permito; Mientras tanto yo y tu esposa, Rezaremos».

A la incierta palidez Del crepúsculo, la barca Se perdió; Y ella mirando otra vez Por cuanto su vista abarca, Se marchó.

Allá la barca se aleja ¿A dónde la barca irá? ¡Siempre á la merced del viento! ¡Siempre juguete del mar!

Rogelio de la Guardia.

1875.

LA ENVIDIA

Improvisación

De inspiración al calor Fruto del genio y del arte Hermosa estatua de Marte Hizo un famoso escultor, El mundo aplaudió al autor De la obra sin segundo, En su entusiasmo profundo Quiso al genio coronar, Y su nombre hizo volar Por los ámbitos del mundo.

La envidia, que, se asegura Recibió golpe mortal, La arrastró hacia el pedestal De la famosa escultura; No pudo alzarse á su altura, Y despedida exclamó: —El mundo no aplaude, no La obra impercedera, Lo que aplaude es... la cantera De donde el marmol salió...

Mariano Gimenez.

1880